

EL RELOJ DE LA CASA

A aquella casa,
según le habían ido cayendo
los años y los tiempos,
le sobraba miedo en sus pasillos,
desconchados de cal en sus patios
y adornos de ferias en sus alacenas;
los propios y los extraños
vagaban por sus galerías
en busca de relatos,
fascinantes y fantásticos,
como antes.

No he vuelto a tocar la guitarra
ni a escribir en mis “cuadernos de sueños”
y las palabras acumuladas,
ahora perdidas,
para las que busqué el olvido,
audaces me gritan desde las paredes
que caminan abocadas al desastre
y hacia la más cruel de las desesperanzas.

¡Dios mío!

Me he vuelto previsible
hasta en la disidencia
y sólo un reloj de sol
—que además atrasa—
marca, inexorable,
el paso indignado de las horas.

Tomás Megía Ruiz-Flores